

La violencia soportada

Alejandrina Silva * Martín A. Gross B. **

Resumen

La idea principal de este artículo es que en la vida cotidiana los hombres solemos sufrir por violencias contenidas en nuestras propias conductas, debido a que al ser inconscientes de muchas de nuestras acciones resultamos incapaces de actuar con cabal moralidad. Y como con cada uno de esos actos, voluntarios o no, proponemos las costumbres de nuestra sociedad, a menudo reproducimos y hasta forjamos un sistema de valores que, independientemente de ser deseado o indeseado, habrá de revertirse con exigencia supraindividual sobre nosotros. Para dejar de ser incoherentes y acabar de raíz con la violencia, debemos primero reconocerla hasta en sus manifestaciones más sutiles, y luego enfrentarla con determinación.

Palabras claves: Violencia, hábitos, moral, estructura, historia, Venezuela.

*Socióloga.Dr. en Cs. Sociales Univ. de Toulouse Francia. Centro de Investigaciones en Ciencias Humanas (HUMANIC), Universidad de Los Andes (ULA), Av. Universidad, Los Cacicques, Edif. Terepaima, PB-1, Mérida, Venezuela. Tlf: 58 274 2403960. alejandria10@cantv.net

**Etnólogo. m-gross@gmx.net

Abstract

The endured violence

The principal idea of this paper is that in everyday life as human beings we used to suffer violences included in our own behavior, becoming unables to proceed with entire morality because we are unconscients about many of our actions. Since with each one of those acts, voluntaries or not, we propose social practices, reproducing and even creating a value system that no matter if they are desire or not, will be reverted to us with supraindividual exigency. To leave behind our incoherence and tear up by the roots the violence, we must first of all, recognize it even on its more subtles manifestations and then comfronting it with determination.

Key words: Violence, habits, moral, structure, history, Venezuela.

Estadísticas de violencia

Tras un análisis de los datos que tiene disponibles, Sergio Adorno llega a la conclusión de que el mundo entero está tendiendo a ser más violento.

Según el autor deduce de un estudio que comenzó en 1983, Alemania, Bélgica, Dinamarca y Holanda, han estado viendo crecer aceleradamente su criminalidad en las últimas décadas. Sólo en Inglaterra, en 1964 se registraron mil actos de violencia, dos mil en 1975, y tres mil en 1985. Asimismo entre 1958 y 1968 la taza de homicidios de Estados Unidos aumentó 48 %, la de secuestros 67% y la de asaltos 139 %; y de acuerdo con datos más recientes el crecimiento ha sido constante hasta hoy (Adorno, 1997: 166-171).

Y ninguno de los anteriores índices de violencia se iguala al de los países latinoamericanos, que son los más violentos del mundo.

En Brasil las muertes violentas se incrementaron en 60% en la década de los ochenta. En Caracas, dice un estudio de 1997, 9,4% de la población tiene un arma de fuego, y 32% dice que la tendría si pudiera (Briceño-León et al., 1997: 190- 193). En Tegucigalpa una menor es violada o sometida a abuso sexual a diario en promedio (Roux, 1997: 149). Ahora bien, ¿no es acaso el violento crecimiento de la población mundial un indicio de que en general los seres humanos se están matando proporcionalmente entre sí menos que antes?

Las estadísticas pueden ser engañosas a la hora de hacer comparaciones diacrónicas, las encuestas sociológicas recién se pusieron de moda en el siglo XX, aunque ya habían comenzado a archivar en Europa a mediados siglo XIX. Cómo podríamos asegurar que en los tiempos de la revolución francesa había menos violencia, o en el medioevo, o la Roma imperial (por referirnos a Occidente como casi sólo hace Adorno). La interpretación histórica hecha a partir de series de información inventarial implica la confrontación de datos relativos a categorías semejantes, y estos con frecuencia no existen.

Además, según Manuel Martín (1998: 9) la dramatización de la violencia es un ritual que existe en todas las sociedades. La proclividad de traer a colación ejemplos de comportamientos violentos, por paradójico que pueda parecer, está al servicio de la solidaridad; si en una sociedad se habla mucho de violencia es porque sus miembros están anhelando mayor cohesión.

En Venezuela nadie duda que hoy la población esté más violenta que hace 40 años, con todo y que hubo guerrilla en la década de los sesenta. Pero habrá que consentir que no es igual la violencia actual a la de la colonia, marcada por siglos de esclavitud, ni es igual a la del siglo XIX, con sus grandes guerras, ni a la del temprano siglo XX, de montoneras caudillistas y dictaduras. ¿Cuál de todas las violencias habrá sido la más violenta?

El concepto de violencia

Violentar es abusar de una fuerza, utilizarla de un modo dañoso, que perjudique a alguien o algo. Ahora, precisar la existencia de un abuso de hecho es tan difícil como querer asentar lo bueno y lo malo.

Tal vez la mejor prueba de que estamos viviendo un acontecimiento violento, sea el experimentar en nuestro cuerpo la invasión de un incómodo escozor. Describir las particularidades de cómo se siente la violencia es una tarea que sobrepasa la intención de estas líneas, pero sin ir muy lejos diremos que sus efectos son semejantes a los que dejan el temor y la ira, hasta pudieran ser los mismos. ¿No es acaso violencia lo sentimos cuando se nos hace daño? Y no hace falta que tenga lugar la aplicación real de una fuerza destructiva contra una persona para que los sentimientos desagradables afloren, una simple amenaza ya implica violencia, ya se

reciente. Así, violencia también es aquello que perturba nuestro vivir conforme con lo que tengamos por seguro, previsible, esperado.

Es probable que en toda sociedad, matar, robar, mentir conlleve en principio mal uso, abuso de poder, pero tales acciones pueden ser justificadas: cuando se mata en defensa propia, se le roba comida a un rico por hambre, se dicen mentiras blancas para no causar dolor.

Un acto de violencia suele condenarse con más dureza cuando ha llevado alevosía que si es accidental, al punto que la ingenuidad o la ignorancia llega a confundirse con la inocencia. Un niño pequeño que en una pelea empuja a su hermano por una escalera y lo mata, por lo común es menos castigado, tanto por la opinión pública como por las leyes, que el hombre que escondido, al pasar una niña, masturbándose salta sobre ella. La gravedad en cuanto a las consecuencias de las dos situaciones planteadas es muy distinta, en la primera, la víctima muere, mientras que en la segunda... puede sufrir trauma mental. Pero como la percepción de la violencia no está limitada a hechos objetivos, sino que depende de la intención de los sujetos, el sádico, por haber actuado a propósito, ha de pagar caro. En un afán de neutralidad para juzgar con justicia, todos los países modernos han asentado por escrito las leyes del derecho positivo, pero no para seguirlas ciegamente (a pesar de que a veces la imagen de la diosa romana *Justitia* sea representada con una venda ante los ojos), sino para que las interprete un juez, y en algunos casos también un jurado —caso éste en que tiene cabida institucional reconocida el derecho consuetudinario. Así vemos que, si ni en los casos más formales la violencia es juzgada según un patrón rígido, no hay razón para esperar algo diferente fuera de los tribunales, donde todos los seres humanos somos jueces a cada instante.

El juicio sobre la violencia en la vida cotidiana tiende a ser más casuístico que de lógica abstracta, y es que los abusos dependen de la dinámica de los usos, de las costumbres de una persona, de una familia, una sociedad, y estos varían de lugar en lugar y de época en época, no son universales. Quizás por eso es que según Michaud (citado por Grossi, 2000: 189) la noción de violencia en principio es ambigua: depende siempre del significado que un grupo dominante en una situación específica le asigne. Los hinchas que se enfrentan a golpes en un juego de fútbol no se ven a sí mismo como violentos, sino como partícipes de la cultura deportiva; las peleas con que suelen terminar algunas fiestas populares han formado parte durante mucho tiempo de un folclore

centrado en el consumo de alcohol; hace apenas unos años que las mujeres latinoamericanas denuncian los maltratos sexuales a los que sus madres y abuelas eran sumisas.

De seguro podríamos delimitar varios conceptos generales de violencia adaptados a distintas mentalidades relativas a la historia de Venezuela, pero por lo pronto nos conformaremos con señalar a grandes rasgos que hemos pasado de una violencia justificada ideológicamente, sobre todo en base a principios políticos y económicos, característica de la modernidad, a una violencia cotidiana injustificable, impredecible, anárquica, en apariencia innecesaria, descentrada, difusa, caótica, rara, loca, quizás propia de la postmodernidad.

Etiología usual de la violencia

Las causas de la violencia han sido interpretadas en sistemas teóricos de distintas disciplinas, entre las que se destacan la biología, la psicología y la sociología, reunidas todas en la criminología. Aquellos que se han remitido a los orígenes físicos y mentales de la violencia en el hombre han sido llamados individualistas, mientras que los que se han ocupado de los aspectos sociales, ambientalistas.

Biológica

Desde la perspectiva biológica destacamos tres puntos.

Evolutiva

Varios hallazgos arqueológicos basados en las características de restos de cráneos y otros huesos antropoides, así como de animales, encontrados en una misma región de África y referentes al período histórico en que debió vivir el australopiteco, según los resultados que arrojaron pruebas de datación con carbono 14, han permitido sugerir que la evolución humana pudo haber dado un gran paso cuando en un período de carestía de alimento vegetal el hombre abandonó el hábitat arborícola para ocupar las sabanas donde vivían grandes animales (Washburn citado en Ropartz, 1981: 194) a los que habría cazado para comerse su carne, dejando atrás los hábitos vegetarianos y desarrollando armas y técnicas de ataque. Así, la violencia sería una clave de la supervivencia del más apto.

Morfológica

La relación entre las formas físicas del cuerpo, y el alma, o en términos más recientes, la conducta del hombre, existe desde la antigüedad, y sabemos que en la edad media Giambattista della Porta utilizó el método *figsionómico* para definir expresamente tipologías violentas.

En 1786 el psiquiatra norteamericano Benjamin Rush publicó un ensayo sobre la influencia de las causas físicas sobre las facultades morales, donde describió entre otras cosas una lesión mórbida que llamó anomía, que posteriormente fue llamada demencia moral, y que tras recibir un impulso por parte de la psiquiatría del primer cuarto del s. XX no parece desechable (Sellin, 1974: 271-274). Ahora, son los estudios anatómicos y antropométricos en particular de cráneos y asimetrías faciales de seres humanos violentos, hechos por el italiano Cesare Lombroso, los que le han dado mayor fuerza a esta hipótesis. En su obra titulada *L'uomo delinquente*, en 1876, el autor llega a la conclusión de que la violencia delincuencial se debe en el criminal nato a que por un salto atrás algunas personas tienen mente y cuerpo primitivos, y que de acuerdo al fenotipo es previsible la conducta antisocial. Tras las fuertes críticas recibidas por sus ideas, Lombroso, aparte de la violencia atávica, incluye en su tipología a los enajenados y los epilépticos delincuentes, y luego al criminaloide, y al pseudodelincuente, al criminal corriente, al habitual y a las personas que cometen crímenes pasionales.

Eysenck en 1964 retoma el tema genético cuando asocia la criminalidad con la extroversión, presente sobre todo en el tipo mesoformo (Arnold et al., 1979: 287).

Bioquímica

La ciencia moderna ha demostrado que la agresividad depende de las hormonas sexuales masculinas, la prueba más evidente es la docilidad de los animales castrados. Pero además de las hormonas existen otros elementos presentes en el cuerpo que influyen en las actitudes violentas, tras el análisis de un conjunto de pruebas tomadas en varias instituciones penitenciarias se pudo ver que los varones subnormales delincuentes presentaban un exceso de cromosomas X supernumerarios (Casey et al., en Arnold et al., 1979: 288). La psiquiatría reciente en su tarea de remediar las enfermedades mentales, sea curándolas o en su defecto controlándolas, ha logrado, con la ayuda de la industria farmacéutica, compensar algunas alteraciones químicas en el cerebro que producen conductas violentas. No nos extrañemos de que

con los avances en las investigaciones del genoma humano pronto sepamos del *gen de la violencia*.

Psíquica

Conforme a los planteamientos de Freud deducimos que los actos violentos serían cometidos para provocar un castigo que alivie el sentimiento de culpa originado en el fracaso de la superación del complejo de Edipo. «El hombre nace como un ser asocial y con una predisposición criminal contenida en sus instintos agresivos anhelantes de satisfacción», dice Székey (1958: 156), para quien la conducta violenta podría clasificarse en oral, anal, genital. Semejante importancia de las primeras relaciones paterno-filiales en el desarrollo del comportamiento moral prevalece en las teorías psicológicas contemporáneas. Según Mowrer está claro que existe una relación entre la desaveniencia familiar y la violencia delincinencial, pero no si se debe a la deprivación maternal, a la ausencia del padre en un período crítico del crecimiento del niño, o a la suspensión del proceso de socialización (Arnold et al., 1979: 285-288).

Social

El aporte sistemático más completo y general hecho a la sociología de la violencia es la teoría de la anomía esbozada por Émile Durkheim y ampliada por Robert Merton, a partir de la cual explicamos toda violencia.

Dado que el término anomía puede ser interpretado de muchas maneras nos apegaremos al sentido que le asignara H. M. Johnson: situación en que muchas de las personas de una sociedad estructuralmente respetan poco las normas a las que está claro que deben someterse (en Giner, 1975: 130).

Durkheim introduce la idea de anomía en el estudio de la sociedad al tratar aquellas formas patológicas de división del trabajo que en lugar de producir solidaridad social producen desintegración, y retoma dicha noción cuando describe el tipo de suicidio que llama anómico —acto sin duda violento; como para este autor la gente sólo puede ser feliz cuando sus deseos son proporcionales a sus medios, y los deseos tienden a crecer hasta ilimitadamente, si la sociedad no controla mediante normas los medios para alcanzar los fines personales, hay quienes que se vuelven tan infelices que se suicidan.

Luego, en una teoría general de la conducta descarriada, Merton distingue entre objetivos culturalmente definidos y medios institucionales de alcanzar tales objetivos. Algunas sociedades ponen más énfasis en lo primero y otras en lo segundo.

Aquellas que ponen más énfasis en los objetivos que en los medios empujan a las personas a adoptar los medios técnicamente más eficaces para alcanzar su objetivo, incluso si los medios son ilícitos, por eso en estas sociedades la violencia es más frecuente (Abercrombie et al., 1992: 26).

Por su parte J. M. Fandino nos señala que frente al papel de construcción moral que tienen los grupos sociales en Durkheim, ha sido descuidada la no menos importante *ley de gravedad social*, parte de su teoría, de la que se desprende que la violencia altruista, disminuye en la medida en que aumentan la egoísta o la anómica y viceversa:

Existen factores endógenos de una sociedad así como exógenos que pueden producir el deterioro del tejido moral. Si la sociedad entra en anomía comenzará la construcción de una nueva moral a partir de unos *requisitos funcionales* especiales, conforme a las leyes internas de movimiento del grupo, de su trayectoria histórica, y en cuanto la nueva moral cobre fuerza la anterior la perderá; así la vigencia de las morales sociales se transforma en ciclos. Pero si los defensores de la moral por derrocar logran bloquear el intento, el grupo dominado tendrá que detener su avanzada o retroceder, y dependiendo de la dinámica de su resistencia perdurará el estado de anomía de la sociedad en conjunto (Fandino, 1999: 37-38), y, por ende, los actos violentos propios de su tipo de desmoralización.

La violencia social altruista es la que ejecuta una sociedad para instaurar un orden social que considera legítimo sobre otro ya existente que desprecia; tiene el fin de favorecer a todos, o casi todos. En cambio la violencia egoísta se presenta cuando muchos miembros de un grupo se violentan para satisfacer sus propios deseos, cuando emplean la violencia en pro de la mera satisfacción de anhelos individuales.

En la interpretación de Fandino en realidad no se esclarece cómo nace la violencia, sino cómo fluctúa una vez que existe, y eso nos hace introducir la pregunta de si acaso hay siempre algún tipo violencia en una sociedad, si es intrínseca a ella, si ambas se forman a la par. La historia

conocida indica que no ha habido sociedad sin violencia. Pero, ¿es necesario para la vida en sociedad que así sea? ¿Es la violencia mala o buena?, y si es mala, ¿cómo la combatimos? He aquí las preguntas que responderemos en las secciones 6 y 7. Tras una análisis de la dinámica de la violencia en Colombia Fandino llega a la conclusión de que el modelo tomado de Durkheim no funciona.

Teorías principales sobre la violencia en Venezuela

La violencia que existe en Venezuela ha sido interpretada, más que en teorías generales de la violencia, a partir de las circunstancias históricas específicas en que se ha formado su sociedad.

Genética

En 1961 el psiquiatra venezolano Francisco Herrera Luque presentó por primera vez en su *Viajeros de Indias* la tesis de que el pueblo venezolano sufre de una inmadurez mórbida de la Personalidad Básica que lo hace propenso a la violencia. Dos hechos creemos encontrar, después de larga y prolongada investigación, que explican la inmadurez del venezolano. En primer lugar, la existencia entre nosotros de algunos radicales de indeseabilidad biológica que triplican las constantes de los países europeos; y en segundo lugar, la incidencia negativa de una serie de factores presentes en los primeros tiempos de nuestra historia que provocaron, como ocurre en el neurótico, que nos fijemos a un tiempo diferente del que corresponde, con lo cual los mecanismos de adaptación, objetivación y superación de los problemas, resultan inadecuados por anacrónicos (Herrera Luque, 1981: 12).

Para este autor el venezolano padece de una carga psicopática heredada de los conquistadores españoles del s. XVI y de la tercera década del s. XVII, que no sólo lo hace entrar fácilmente en conflicto consigo mismo y con los demás, sino que lo hace proclive «a los desbordamientos delictivos y en particular a los hechos de sangre» (Herrera Luque, 1981: 19-21). Y es que según Herrera Luque (1981: 215) no hubo en la conquista expedición ni descubrimiento que no tuviera la violencia como signo más constante.

Por causa de un déficit de asiento cortical, en Venezuela hay una incapacidad generalizada de controlar los arranques emocionales. De hecho, dice Juan Liscano, «la vida de los pueblos latinoamericanos hasta ayer, quizás todavía hoy, transcurre entre dilatados letargos y explosiones súbitas, resignación casi animal y repentino despertar homicida» (en Herrera Luque, 1981: 39). Y no es de la gran cantidad de locos que vagan por nuestras calles de quienes habla el este psiquiatra, sino de los corrientes irritables y «cachazudos», de los indiferentes y desalmados, de los indiferentes, «pleitistas» y quisquillosos (Herrera Luque, 1981: 55).

Si es la ley de la selva; si es la desolación jurídica la que campea; si los virtuosos son vencidos, escarnecidos y olvidados; si la escala de valores está absolutamente invertida; si los culpables suelen salir impunes y hasta ensalzados y sus acusadores perseguidos, destruidos y encarcelados, es imposible que existe en Venezuela una corriente sana, poderosa y distinta que por el simple binomio castigo-premio incite al joven a elegir el difícil camino de la honestidad y el deber. (Herrera Luque, 1981: 23).

Sin embargo, la situación no es irremediable, al psicópata hay que mantenerlo a raya, y como carece de memoria hay que recordarle las normas con penas severas, hay que enseñarle que la violencia se castiga y que quienes trasponen los límites son excluidos de la participación social; no es casualidad en Venezuela la violencia aumente cuando la represión policial y el rigor de los jueces disminuyen (Herrera Luque, 1981: 23-24).

Política

El análisis de la influencia de un determinado sistema político en los niveles y las características de la violencia de una sociedad depende de dos factores centrales: las particularidades del orden que propone el sistema en sí, y la relación de una población específica con dicho sistema.

Ninguna de las teorías políticas que conocemos apunta directamente al combate de la violencia, pero se supone que todas al propiciar la felicidad de los hombres reducen sus actitudes violentas. En Venezuela se han conocido tres sistemas políticos formales, la monarquía, la democracia en sus modalidades centralista y federalista, y la dictadura, claro que en distintas épocas cada una de ella ha tomado diversos matices.

En el intento de esclarecer cuál de ellos ha sido el preferido del pueblo venezolano habría que consentir que el único que ha sido elegido es el democrático, pues las monarquía y las dictaduras han sido básicamente impuestas. Pero, no hay que negar que en los primeros años de la independización de España en nuestro país gran cantidad de criollos tomó partido por la corona, ni que varias de las dictaduras han tenido numerosos defensores desinteresados y sinceros. No hay duda de que entre los que votaron por Hugo Chávez en 1998 muchos buscaban la mano dura propia de regímenes intolerantes.

Hoy todo el mundo afirma a diestra y siniestra que Venezuela quiere vivir en democracia, pero es sospechoso que tanta voluntad no nos haya acercado más a la meta. ¿Seguro que el venezolano quiere vivir en democracia? Tememos que esta interrogante no haya sido reflexionada concienzudamente; tal vez porque muy pocos logren imaginarse algo distinto, tal vez por la transculturación, tal vez la alienación.

Descubrir una *verdadera* voluntad de los pueblos latinoamericanos en materia de política ha sido una tarea muy difícil, sobran indicadores contradictorios que nos confunden. Para la mayoría de los venezolanos los gobiernos de turno, aun los democráticos, no representan los intereses del pueblo, sin embargo las masas no se encaminan hacia un reordenamiento más acorde con sus expectativas; he aquí lo que llama J. M. Briceño Guerrero *el discurso salvaje*, signado por «sumisión aparente, rebeldía ocasional, astucia permanente y oscura nostalgia» (Briceño Guerrero, 1997: 9), cuyas razones se esconden.

No conocemos ningún estudio académico que haya analizado en profundidad la conveniencia del sistema democrático en relación con la cultura venezolana, la guía ha sido la imitación a priori del norte, del norte atlántico, del moderno occidente. Los países del primer mundo son democráticos y menos violentos que el nuestro, es verdad, pero también lo son los islámicos y los extremo-orientales y otros tantos, claro que ellos no tienen algunas cosas del desarrollo que tanto nos gusta.

El asumir que la nación está encarrilada hacia un destino decidido, pero que sólo en flagrante apariencia está decidido, ha impulsado a nuestros pensadores a concentrarse en mejorar el funcionamiento de la pseudo-democracia actual y desechar las alternativas. Así, el reconocido sociólogo Tulio Hernández tras interpretar *la cultura de la violencia en Venezuela* llega a la conclusión de que hay que adaptar al venezolano,

sus hábitos y costumbres, al sistema democrático.

El restablecimiento de la paz [dice] está condicionado por la creación de una cultura de la democracia que haga efectivamente comprensibles, practicables y comunicables, las nociones de ciudadano, para que [el venezolano] recupere el sentido de la dignidad individual y colectiva, y reactive los nexos de solidaridad y redes sociales que nuestro proceso político reciente ha obliterado. (en Ugalde et al., 1993:110)

Asimismo Néstor Luis Luengo A., a pesar de advertir en su *Estado, sistema político y violencia en Venezuela*, que la democracia en nuestro país por haber estado generando expectativas que no ha podido cumplir ha creado condiciones para el desenvolvimiento de la violencia, expone como primer punto de su propuesta de pacificación que: El marco [...] más idóneo para disminuir la ocurrencia de la violencia en sus múltiples manifestaciones es el democrático. Los sistemas políticos democráticos ofrecen mejores condiciones para el procesamiento de los conflictos y las tensiones sin que los mismos deriven en violencia. Esto es casi que una declaración de preferencias y la asumimos como tal (en Ugalde et al., 1993: 156).

¿Doscientos años casi, de ensayo fracasado, no deberían hacernos dudar más? ¡Atención!, en Venezuela el pueblo se ha estado violentando contra la democracia como sistema, y el sistema ha sido violento con el pueblo, el anhelado acoplamiento se ha estado demorando dolorosamente, existen distintos sistemas políticos.

Económica

Es sensato imaginar que las primeras violencias debieron de estar relacionadas con la supervivencia, la alimentación, el dominio de territorios en dónde tener ganado y cultivar; los historiadores se han ingeniado valiosas categorías para clasificar las revoluciones técnicas e ideológicas destinadas a mejorar la producción y combatir la pobreza. Y como las ciencias económicas están al servicio de la creación y administración de las riquezas materiales que tanto nos dan seguridad y felicidad, tiene sentido asociar el bienestar económico con la violencia e idear sistemas económicos que favorezcan la paz. El mundo moderno entero está fundado en el desarrollo económico como generador de calidad de vida.

La relación estadística entre los delitos y la remuneración al trabajo, según muestra Luis Pedro España (1993a: 151), revela que estas variables han experimentado en nuestro país de 1977 a 1990 una clara proporción inversa, lo que significa que la pobreza y la violencia han crecido a la par.

Delitos y remuneración al trabajo Venezuela 1977-1990 MM Bs. / 10000 hab.

Fuente: Luis Pedro España (1993b: 149)

Ahora, del hecho de que en Venezuela la pobreza haya conllevado violencia no podría derivarse una ley, en otras partes del mundo hay más pobreza que en nuestro país y menos violencia, y por doquier hay pobres honrados. Quizás el mayor esfuerzo conciente de construir un orden social omniabarcante libre de violencias intrínsecas, haya sido el del comunismo, cuya base era la abolición de la propiedad privada, esencia de la explotación del hombre por el hombre, pero como no generó el bienestar esperado, fracasó. Queda ahora pues, la difícil tarea, sólo en manos del capitalismo.

En Venezuela la caída del muro de Berlín ayudó a enterrar los sueños socialistas de dos décadas más la mal llamada *perdida* por reduccionismo economista, con lo que tras un período de fracasados planes de *sustitución de importaciones* y proteccionismos, a finales de los ochenta y principios de los noventa se avivó el fuego liberal, hasta hoy compañero de la pobreza y la violencia creciente. Es por eso que el editorial de la revista SIC N.º 554, titulado *Venezuela neoliberal y violenta*, explica que el meollo del problema de la violencia en Venezuela está en que vivimos la paradoja de una sociedad que excluye a las masas empobrecidas.

Esta sociedad ofrece, por una parte, alternativas que ella considera legítimas para la satisfacción de sus propuestas, alternativas que de acuerdo al modo concreto que asuman, pueden legitimar la guerra de todos contra todos; y, por otra parte, inspira un proceso autodestructivo que es incapaz de limitar y contener, al proponer como fines fundamentales de la conducta humana los valores que predica y premia.

La violencia, pues, no es adjudicada aquí sólo a una situación económica determinada, sino a la manera en que el modelo económico exagera una cualidad... ¿cultural?

Tampoco para Luis Pedro España (1993a: 152) puede atribuirse la violencia sólo a la situación económica, la clave está en la combinación de la caída de la riqueza con la pérdida de legitimidad de los políticos y las instituciones que representan.

Ahora bien, el futuro de la violencia está estrechamente relacionado con la forma en que Venezuela logre transitar del capitalismo petrolero al capitalismo normal (España, 1993a: 173).

En opinión de M. S. Grossi (2000: 192-192) hay que considerar que en la lucha por implementar tecnologías cada día más eficientes en general, y en particular para la producción de riquezas, el hombre ha tenido que informarse y adaptarse a los cambios a una velocidad que en sí misma resulta violenta y genera violencia, en tanto que rompe, redefine, disloca o supera los procesos de organización social.

Psicológica

La principal razón de que los venezolanos sean violentos, tal como lo expone Manuel Barroso (1995) es que han crecido, en un 80 %, sin el padre, sin la madre, y a veces sin ninguno de los dos. La violencia es sólo un signo más de una falta de autoestima natural en quien ha sido abandonados por quien más debería quererlo.

El venezolano es violento porque sus contactos han sido violentados, sus necesidades negadas, las responsabilidades no asumidas desde su infancia. [...] Detrás de la violencia está la desconfianza, el ya no creer en nadie, ni en sí mismo. Si los más cercanos lo han traicionado, qué puede esperar de los demás (Barroso, 1995: 204).

El punto importante en una primera instancia no es ni siquiera cómo debe ejercer la autoridad el padre, que es quien suele faltar, sino que la ejerza, y para eso tiene que estar ahí. El abandono destruye los triángulos familiares de padre, madre e hijos, porque impide el contacto y genera dolor, impotencia y resentimiento. En niño que se siente abandonado llena su vacío con comportamientos irregulares, porque siente que no es importante para quien quiere se querido. Ahora, en una segunda instancia existe el abandono presencial, del padre que a pesar de vivir con los hijos no se interesa por ellos, no les da afecto, no los estimula, los desvaloriza, rompe sus promesas, dice una cosa y hace otra, es incongruente.

La ausencia del padre deja en el ser humano un vacío de autoridad que propicia el no respeto a ninguna otra institución de autoridad, sea la de la escuela, del Estado, de la religión. «La autoridad para el venezolano marginal siempre está ausente, como el padre» (Barroso, 1995: 44).

Como según algunas teorías psicológicas la figura paterna no necesariamente tiene que ser representada por el padre biológico, sino que puede estar en manos de cualquier hombre adulto cercano a la casa, Anabel Castillo dice, Los menores [trasgresores] con quienes conversamos ciertamente tienen familias con esas características [desestructuradas], pero en pocos casos la madre se encontraba sola; es decir, casi siempre ésta tenía un compañero, que bien podía ser o no el padre biológico del menor (Castillo, 1997: 84).

A lo que Barreto replicaría que el hombre venezolano en general abandona para definir su identidad, afirmar su autonomía e independencia, proteger su intimidad y satisfacer la necesidad de hacer lo que le dé la gana sin rendir cuentas, símbolo de su no aceptación de imposiciones y normas. Su espacio es la calle, donde no hay contacto íntimo, donde «se cocinan la parranda, la salida, [...] la habladera de paja» (Barroso, 1995: 116), no la casa, la casa es para la mujer.

Además hay en Venezuela un culto a la bravura, que en un grado más bien leve es llamado por algunos *pájarobravismo*, y en grado extremo, malandrismo.

Para la *gente de bien*, quizás el 20% bien triangulado de Barroso, «el malandro es la encarnación de la violencia y de la amenaza a la salud pública y privada», dice Arturo Sosa (1993: 307), pero en el barrio el malandro es la figura más destacada.

Es el punto de referencia para jóvenes y para niños. Lo admiran tanto o más que a los personajes de la televisión, pues se les parece pero hace realidad lo que allí ven. Las muchachas más bonitas, con mejores deseos de mejorar sus condiciones se enorgullecen de ser sus novias o compañeras, con frecuencia madre de sus hijos. El malandro es el «hombre exitoso» porque [...] Gracias a su audacia, las armas y las drogas pueden ofrecer a sus novias, madres, familiares, amigos y a sí mismos lo que la sociedad [...] considera signos de bienestar [...] (Sosa, 1993: 308)

Y el joven que sólo conoce este modelo, repite una forma de sobrevivencia cómoda, útil y aceptada. Por eso la solución para Barreto es educar.

Ahora bien, después de que por muchos años la violencia ha sido atribuida en Latinoamérica a las desestructuración familiar, y de que por lo mismo cuantiosas investigaciones se han dedicado a la profundización del tema, la conclusión general ha sido que ésta no es realmente una causa tan decisiva.

Legitimación y deslegitimación de la violencia

Orden

El tipo de violencia comúnmente más justificado es el que ejerce el Estado sobre los ciudadanos con el fin mantener el orden que la mayoría defiende y que está fundamentado en la ley. El orden social exige mandatos y prohibiciones e implica amedrentamiento y escarmiento para el infractor. Todos los países modernos tienen organismos policiales o militares encargados de persuadir y reprimir las acciones individuales o grupales que pongan en peligro la estabilidad de las instituciones o vulneren los derechos de las persona; éstos cuerpos suelen gozar de un derecho exclusivo de uso de armas. Si no existieran tales limitaciones el hampa pudiera desatarse, por eso, en nombre de la seguridad, contra la violencia, más violencia.

Libertad

Los grupos sociales que se consideran dominados por una fuerza ilegítima a menudo desarrollan ideologías en las que la violencia cumple un papel fundamental de liberación, como en las guerrillas comunistas; aquí la violencia es el remedio de una situación que se considera injusta.

Frantz Fanon, un psiquiatra negro de las antillas francesas, publicó en los años sesenta un libro titulado *Los condenados de la tierra*, donde postula que las colonias sólo pueden romper la relación de dominación que a que están sometidas si lo hacen con violencia, pues ésta no es negociable: «hay que salir del espacio común, y ahí tiene lugar la violencia» (Wieviorka, 2001: 343).

Progreso

Para Georges Sorel, un sociólogo francés de principios del s. XX que escribió un conjunto de artículos recogidos en un libro llamado *Reflexiones sobre la violencia*, la clase obrera debía ser violenta si quería triunfar, de lo contrario perdería su dinamismo; y para que el *actor contestatario* fuera violento debía tener en contra una burguesía también violenta. Sin violencia la sociedad se dormiría y acomodaría a las circunstancias deteniendo el proceso de civilización (Wieviorka, 2001: 342).

Integración

El antropólogo español Manuel Martín Serrano piensa que la violencia que cometen los jóvenes cuando están transitando de la pubertad a la adultez tiene un carácter iniciático bueno, ya que a través de ella se forjan en ellos el coraje, la lealtad y otros valores solidarios (Martín, 1998:XX). En términos semejantes Michel Wieviorka contempla que tal vez los sociólogos se hayan precipitado en condenar la violencia y se pregunta si no será que es necesaria para que el sujeto se constituya como tal y pueda darle sentido a su vida. Con la intención de proyectar su inquietud Wieviorka cita la respuesta de un joven en una encuesta: "Antes de las revueltas violentas yo no pensaba en nada, pero se produjeron e intervino la policía, en ese momento todo se aclaró para mí. Ahí fue que decidí participar en una asociación, hacer política, me uní a un grupo pop, comprendí que tenía que hacerme musulmán" (Wieviorka, 2001: 346). No nos parece razón suficiente que por el hecho de que el joven arriba citado y otros muchos logren darle valor a su existencia después de vivir una experiencia violenta, la violencia pueda tomarse como un elemento esencial de la realización del hombre, son muchos los caminos que llevan a un mismo lugar, escojamos el mejor.

Autoridad vs. autoritarismo

Procurar legitimar la violencia es pretender anular el conflicto, no resolverlo, dice María Luisa Pfeiffer (2000), quien explica la ilegitimidad de toda violencia a partir de un análisis de la noción de autoridad.

Es normal que haya jerarquías en la sociedad, que unos manden sobre otros en varios aspectos, que las normas contractuales estén por encima de la voluntad de los individuos. Y mientras la autoridad de los entes que ejercen un poder sea reconocida, serán legítimas las acciones que ejecuten en su nombre.

El sentido común nos dice que cuando una persona comete una

falta y se siente culpable, avergonzada por lo hecho, debe de estar dispuesta a aceptar el castigo que le sea impuesto por la autoridad que la juzgue. Entonces, digamos que la infracción amerita pena de muerte, si el acusado conciente que la merece, no habría violencia alguna en la consumación de acto tan grave. No habría violencia incluso en el caso de que, aunque la persona afectada considerara exagerada la pena de su sentencia, la recibiera con resignación. No fue violento para Sócrates tomar cicuta.

La autoridad no le pertenece en derecho propio al hombre que la tiene, sino en cuanto se la conceden los otros, porque reconocer una autoridad implica aceptar libremente una sabiduría mayor que la propia. Así, aquel que sustente su poder sobre otra gente en alguna violencia, no debería ser llamado ya *autoridad*, sino autoritario.

Tanto el pensamiento como la práctica autoritaria —dice Pfeiffer (2000: 106)— son esencialmente relativos y nihilistas, y están arraigados en la falta de fe, en la negación de negación del respeto. Aunque nuestra sociedad no lo reconozca abiertamente, temerosa y conformista se ha dejado someter por autoritarios en lugar de exigir autoridades, maestros de buenos consejos y buen ejemplo (Pfeiffer, 2000: 111).

La moral de la violencia

El prejuicio de la amoralidad en la sociología

Desde que Marx postuló que la conciencia social determina la personal, la sociología ha desestimado el poder de acción de cada cual sobre el orden del mundo que lo rodea. Ciertamente Durkheim estableció que el ser humano es doble, por un lado sólo individuo y por el otro ser social, pero se ocupó únicamente del segundo por ser el depositario de la más alta *realidad*. Y con la influencia de Freud el hombre resultó más que nunca una víctima de las circunstancias ajenas a él. «En la visión positivista subyace un modelo de hombre pasivo, autómatas y determinado, casi de manera fatalista, por factores externos», escribe Anabel (Castillo, 1997: 20).

La sociología positivista, según Barbara Freitag (1989: 17-18), en su afán de asegurarse el estatus de *ciencia*, comete un reduccionismo objetivista fatal, igualar la sociedad a la naturaleza, y las leyes sociales a las leyes físicas; y así como lo objetivo ha de prevalecer sobre los subje-

tivo, la sociedad ha de prevalecer sobre el individuo, las relaciones de producción, los hechos sociales, las acciones sociales, han de ser cosas independientes de la voluntad personal.

La sociología de los siglos XIX y XX decretaron la impotencia de un sujeto inserto en un engranaje social que vela por su propia supervivencia. He ahí la ley de los estadios de Comte, la ley de evolución y diferenciación de Spencer, las leyes demográficas de Malthus, los mecanismos de integración y equilibrio de Parsons.

Todo el esfuerzo de Kant (filosófico y epistemológico), de distinguir entre el reino de la necesidad (naturaleza) y el reino de la libertad (sociedad), entre «ser» y «deber ser», lo determinado y lo indeterminado, sucumbe a la obsesión de la sociología. (Freitag, 1989: 17)

Bajo la óptica sociológica común los criterios de bueno y malo no dependen del sujeto, sino de las estructuras sociales, las instituciones, los mecanismos de control social; el *homo sociologicus* es esencialmente amoral.

Nótese que para llamar la atención sobre este prejuicio citamos arriba a dos psicólogas sociales. Presumimos que la psicología ha logrado deslastrarse antes que la sociología de las cargas positivistas criticadas, ya que que por ser su objeto de estudio mucho más tangible, su práctica ha logrado una aceptación social y un prestigio mucho mayor; no ha necesitado pues, insistir en el error.

La concepción del mundo y la violencia

La teoría de la concepción del mundo de Wilhelm Dilthey, contenida en esa gran obra titulada *Ciencias del Espíritu*, escrita a finales del s. XIX y comienzos del s. XX, así como los sistemas explicativos que de ella han derivado, resultan particularmente ilustrativos del importante papel que tiene la voluntad de cada hombre en el proceso de construcción del mundo social, por cuanto reúne armónicamente la metafísica, la sociología y la *psicología comprensiva* —método éste último desarrollado por el propio Dilthey para interpretar las impresiones individuales en función de los fines personales.

Para Dilthey hacemos explícitas nuestras percepciones al distinguir e interpretar las relaciones fundamentales de lo real por medio de

operaciones elementales del pensamiento que producen mentalmente representaciones del mundo percibido: Parto de la percepción de un objeto cualquiera, un árbol por ejemplo. Lo que realmente se me da de él son el tronco, trozos de ramas, hojas, todo desde un punto de vista determinado. Completamos esta imagen singular mediante representaciones. Este resultado de la captación cobra su unidad mediante la referencia al objeto mismo. Los modos de captación más dispares — percepción, designación verbal, representaciones en diversos grados de viveza y plenitud— se hallan entrelazados en un sistema de relaciones internas. (Dilthey, 1978: 39) La formación de las concepciones del mundo está determinada por la voluntad de obtener solidez en la imagen del mundo, porque así las situaciones, las personas y las cosas cobran un significado más permanente en su relación con el todo real, y el todo mismo cobra sentido.

Las representaciones de la realidad al ser asociadas entre sí con coherencia en la mente humana mediante la fijación de tipos, direcciones y lugares relativos al mundo objetivo, se independizan del sujeto cuando éste las vuelve a captar, recuerda, porque al abandonar la inmediatez de su creación mental no son percibidas ya como propias de quien las produjo, sino como pertenecientes al mundo exterior y objetivo: habiendo pasado el objeto de la intuición al juicio, cambia el modo y manera de la conciencia en que se nos presenta, sin que cambie él mismo; esa experiencia en la mente humana implica una dimensión de la estructura de la concepción del mundo donde la representación se revierte en fundamento de la estimación de lo vital, y hace que un nombre, un concepto o un discurso puedan dar la misma impresión de realidad objetiva que un edificio o el sol.

La totalidad de los objetos que se pueden percibir están contenidos en una colección de imágenes que son como el hábitat en que se despliega la vida. Nuestro conocimiento del mundo supone construcciones, grupos de abstracciones, generalizaciones, formalizaciones del pensamiento, por eso las culturas pueden ser consideradas como un sistema de imaginarios que determinan el lenguaje, las normas, las características económicas, el arte, la ciencia, la religión. Éstas alcanzan tal fuerza que parecen imperturbables, obvias, y nos llevan a decretar que ese mundo que en el momento estamos observando es todo.

Gracias a la independencia que alcanza la imagen emancipada de su paternidad subjetiva, se convierte en fundamento imperativo tanto de

nuestro pensar como de nuestro sentir y, sobre todo, querer.

A partir de la intención, del afán, de la tendencia, se desarrollan, en un comienzo, las adopciones permanentes de fines encaminados a la realización de una idea, y luego, la suma y compendio de esas adopciones de fines en un orden supremo de nuestra actitud práctica, un plan de vida que lo abarque todo, un bien supremo, normas supremas de acción, una utopía que plasme lo mejor de la vida personal y la sociedad.

Las imágenes del hombre y del cosmos no son producto ni de una persona ni de una época, sino de la totalidad histórica. La continua formación de juicios que se entrelazan incansablemente en las mentes de los hombres que se comunican entre sí se ordena bajo una lógica totalizadora, independiente, con vida propia, que es la concepción del mundo misma operando ya como un cuerpo social coercitivo supraindividual, reuniendo vivencias y representaciones en un todo que establece y reforma. El universo simbólico legitima los valores cotidianos, las prioridades y los procedimientos operativos, colocándolos en el contexto del marco de referencia más general que pueda concebirse. Ahora, si bien la legitimidad que sostiene la actuación se cristaliza cuando lo sensible pasa a la representación lógica recordada mediante conceptos, ideales y bienes objetivos, el ambiente que la ilusión crea, tal como en el mito de la caverna de Platón, nunca permanece quieto, como los pensamientos no logran detenerse definitivamente a los efectos de la conformación de un sistema unitario.

Las concepciones del mundo no viven estáticamente, retroalimentándose, sino que dependen del dinámico capricho imaginante, de las representaciones del hombre que encuentran asidero en cualquier fenómeno real. Las imágenes individuales del mundo no concluyen ni se pueden cerrar, son infinitas, fluyen permanentemente, como totalidad son amorfas, subjetivas, simples ideas fragmentarias, por eso generalmente terminan en preguntas y antinomias; la ingenuidad de tomar nuestras propias representaciones por el mundo mismo sólo puede sobrevivir en un grado restringido.

En fin, según lo muestra la teoría de la concepción del mundo, el individuo crea el entorno social en que vive, no por entero, claro, sino en parte, no a su exclusiva medida, sino a la medida del resultado de la interacciones de todos los elementos del grupo, que fluye de un manera

tan variable que con frecuencia parece azarosa, accidental. Pero no porque la acción de un hombre dependa de la de otros, ha de ser poco influyente, ha habido hombres que solos han dado pie al destroz de paradigmas arraigados, de vidas, de naciones, universos; todo fuego, queme poco o queme mucho, nace de una chispa. Así, para que prospere la violencia es preciso que alguien la proponga y muchos la secunden. Cada individuo soporta la violencia de su sociedad, por una parte, si la fomenta, y por la otra, si la tolera. Si no se la combate cuando es producida, se está favoreciendo su reproducción.

La violencia soportada

Uno debería hacer lo que mejor le parece, si así lo hiciera no sería violento consigo mismo, pero uno no sabe, duda, y hace cosas de las que luego se arrepiente si uno profundiza y hace lo que a uno le parece mejor, también será lo mejor para los demás, para la sociedad, porque la sociedad piensa más o menos como uno. tal vez así no se elimine la violencia, pero se reduce.

La violencia menor en Venezuela

Moral y ley

es lo que no toca averiguar en una segunda fase de esta investigación, observando la violencia menor, cómo es y por qué se produce. Sin embargo de antemano se pueden sugerir varias hipótesis, posibles respuestas caída de las ideologías.

Bibliografía

- Nicholas Abercrombie, Stephen Hill y Bryan S. Turner. 1992. Anomia. *Diccionario de sociología*. Madrid, Cátedra ed.
- Sérgio Adorno. 1997. «La criminalidad violenta urbana en Brasil: tendencias y características». *Revista venezolana de economía y ciencias sociales*. Caracas, 3 (2-3), 163-181.
- Sérgio Adorno. 1998. «Conflitualidade e violência: Reflexões sobre a anomia na contemporaneidade». *Tempo social*. São Paulo, 10 (1), 19-47.
- W. Arnold, H. J. Eysenck y R. Meili. 1979. Criminalidad. *Diccionario de psicología*. Madrid, Rioduero

ed.

- Manuel Barroso. 1995. *Autoestima del venezolano*. Caracas, 5.a Galac ed.
- Roberto Briceño-León, Leandro Piquet Carneiro, Luis Fernando Vélez, José Miguel Cruz, Enrique Oviedo, y Alfred McAlister. 1997. «Comparando violencia y confianza en la policía en América latina». *Revista venezolana de economía y ciencias sociales*. Caracas, 3 (2-3), 190-194.
- Roberto Briceño-León, Alberto Camardiel, y Olga Ávila. 1999. «Violencia y actitudes de apoyo a la violencia en Caracas». *Fermentum*. Mérida, 9 (26), 325-353.
- Roberto Briceño-León, Verónica Zubillaga. 2001. «Dimensiones y construcciones de la violencia en América latina». *Acta científica venezolana*. Caracas, 52 (2), 170-177.
- José Manuel Briceño Guerrero. 1997. *El laberinto de los tres minotauros*. Caracas, 2.a Monte Ávila ed.
- Anabel Castillo. 1997. *Jóvenes transgresores en busca de aceptación social*. Caracas, UCV ed.
- Wilhelm Dilthey. 1945. *Teoría de la concepción del mundo*. México, Fondo de Cultura Económica (Prólogo de Eugenio Ímaz).
- Wilhelm Dilthey. 1978. *El mundo histórico*. México, Fondo de Cultura Económica (Prólogo de Eugenio Ímaz).
- Luis Pedro España. 1993. «La explosión de la violencia». *SIC*. Caracas, 53 (554), 149-152.
- Luis Pedro España. 1993. «La naturaleza de la violencia». *SIC*. Caracas, 53 (554), 160-161.
- Luis Pedro España. 1993. «La violencia del futuro». *SIC*. Caracas, 53 (554), 173-174.
- Juan Mario Fandino Marino. 1999. «O ciclo moral da violência altruísta e egoísta: cemanos de sangue na Colômbia». *Sociologias*. Porto Alegre, 1 (1), 34-63.
- Barbara Freitag. 1989. «A questão da moralidade: da razão prática de Kant à ética discursiva de Habermas». *Tempo social*. São Paulo, 1 (2), 7-44.
- Salvador Giner. 1975. Anomia. *Diccionario de ciencias sociales*. Madrid, Instituto de Estudios Políticos.
- María Stela Grossi Porto. 2000. «A violência entre a inclusão e a exclusão social». *Tempo social*. São Paulo, 12 (1), 187-200.
- Francisco Herrera Luque. 1881. *Viajeros de Indias*. Caracas, 4.a Monte Ávila ed.

- Manuel Martín Serrano. 1998. «Factores socioantropológicos. Significados que tiene la vinculación que se ha establecido entre juventud y violencia». *Revista de estudios de juventud*. Madrid, XXXX (42),
- María Luisa Pfeiffer. 2000. «Violencia y autoridad: relaciones peligrosas». *Anthropos*. Los Teques, 21 (2), 99-113.
- Alberto Riella. 1999. «Violencia y control social: el debilitamiento del orden social moderno». *Sociologías*. Porto Alegre, 1 (1), 122-145.
- Alexis Romero S., Johel J. Salas, Adela García P., Carmen Luna. 2001. «El miedo a la violencia y el guachimanismo: Instrumentalidad versus conformidad». *Capítulo criminológico*. Maracaibo, 29 (2), 25-51.
- Philippe Ropartz. 1981. Etiología humana. *Enciclopedia de las ciencias sociales*. Antropología. Bilbao, Assuri ed.
- Gustavo I. de Roux. 1997. «Subdesarrollo, urbanización y violencia». *Revista venezolana de economía y ciencias sociales*. Caracas, 3 (2-3), 145-164.
- Thorsten Sellin. 1974. Criminología. *Enciclopedia internacional de las ciencias sociales*. Madrid, Aguilar ed.
- Béla Székey. 1958. Criminología psicoanalítica. *Diccionario enciclopédico de la psique*. Buenos Aires, Claridad ed.
- Arturo Sosa. 1993. «El malandro: ni héroe ni villano. Reflexiones sobre violencia y seguridad». *SIC*. Caracas, 56 (557), 307-309.
- Luis Ugalde, Luis Pedro España, Carmen Soto, Anabel Castillo, Tulio Álvarez, Néstor Luis Luengo, Marcelino Bisbal, y María Gabriela Ponce. 1993. *La violencia en Venezuela*. Caracas, Monte Ávila / UCAB ed.
- Michel Wieviorka. 2001. «La violencia: destrucción y construcción del sujeto». *Espacioabierto*. Maracaibo, 10 (3), 337-347.

Agradecemos:

A Ana Rita, Edilio y Julio por su participación en las discusiones de los puntos aquí tratados.